

Francisco Fernández Carvajal

1 de agosto

SAN ALFONSO M.<sup>a</sup> DE LIGORIO\*

*Memoria*

- Su devoción a la Virgen.
- La mediación de Nuestra Señora.
- Eficacia de esta mediación.

*I. El espíritu del Señor está sobre mí; por eso me ha consagrado con la unción, me ha mandado anunciar a los pobres la alegre noticia y a curar al que tiene el corazón herido<sup>1</sup>.*

La larga vida de San Alfonso «estuvo llena de un trabajo incesante: trabajo de misionero, de obispo, de teólogo y de escritor espiritual, de fundador y superior de una congregación religiosa»<sup>2</sup>. Le tocó vivir un tiempo en que la descristianización iba en continuo aumento. Por eso, el Señor le llevó a entrar en contacto con el pueblo, culturalmente desatendido y espiritualmente necesitado, mediante las misiones populares. Predicó incansablemente, enseñando la doctrina y alentando a todos, con la palabra y con sus escritos, a la oración personal, «que devuelve a las almas la tranquilidad de la confianza y el optimismo de la salvación. Escribió entre otras cosas: “Dios no niega a nadie la gracia de la oración, con la cual se obtiene la ayuda para vencer toda concupiscencia y toda tentación. Y digo, y repito y repetiré siempre mientras tenga vida recalcaba el Santo, que toda nuestra salvación está en la oración”. De donde el famoso axioma: “El que reza se salva, el que no reza se condena”»<sup>3</sup>. La oración ha sido siempre el gran remedio de todos los males, la que nos abre la puerta del Cielo. Ha sido esta una enseñanza continua de las almas que han estado muy cerca de Dios.

San Alfonso procuró que los fieles cristianos centraran su vida en el Sagrario, con una piedad íntima hacia Jesús Sacramentado, dio una particular importancia a la *Visita al Santísimo*, y para facilitarla escribió un pequeño tratado<sup>4</sup>. Por la rectitud y

hondura de su doctrina, especialmente en materia de Moral, fue declarado *Doctor de la Iglesia*<sup>5</sup>.

Este santo, tan preocupado por la formación de las conciencias, comprendió que el camino que lleva a la pérdida de la fe comienza en muchas ocasiones por la tibieza y frialdad en la devoción a la Virgen. Y, por el contrario, la vuelta a Jesús comienza por un gran amor a María. Por eso difundió su devoción por todas partes y preparó para los fieles, y en especial para los sacerdotes, un arsenal de «materiales para predicar y propagar la devoción a esta Madre divina». Siempre ha entendido la Iglesia que «un punto enteramente particular en la economía de la salvación es la devoción a la Virgen, Mediadora de las gracias y Corredentora, y por ello Madre, Abogada y Reina. En realidad afirma el Papa Juan Pablo II, Alfonso fue siempre todo de María, desde el comienzo de su vida hasta su muerte»<sup>6</sup>.

También cada uno de nosotros debe ser «todo de María», teniéndola presente en nuestros quehaceres ordinarios, por pequeños que sean. Y no olvidaremos jamás, y sobre todo si alguna vez hemos tenido la desgracia de alejarnos, que «a Jesús siempre se va y se “vuelve” por María»<sup>7</sup>. Ella nos conduce rápida y eficazmente a su Hijo.

II. San Alfonso murió muy anciano. Y los últimos años de su vida permitió el Señor que fueran de purificación. Entre las pruebas que padeció, una muy dolorosa fue la pérdida de la vista. Y el Santo distraía las horas rezando y haciendo que le leyeran algún libro piadoso. Se cuenta de él que un día, entusiasmado con el libro que le leían, y no recordando al autor de tales maravillas, preguntó quién había escrito tales cosas, tan llenas de piedad y de amor a Nuestra Señora. Por toda respuesta, quien le acompañaba abrió el libro por la portada y leyó: «*Las glorias de María*, por Alfonso María de Ligorio». El venerable anciano se cubrió el rostro con ambas manos, lamentando una vez más la pérdida de la memoria<sup>8</sup>, pero alegrándose inmensamente de aquel testimonio de amor a la Virgen Santísima. Fue un gran consuelo que el Señor permitió, en medio de tanta oscuridad.

Los conocimientos teológicos del Santo y su experiencia personal le llevaron al convencimiento de que la vida espiritual y su restauración en las almas se ha de alcanzar, según el plan divino que Dios mismo ha preestablecido y realizado en la historia de la salvación, a través de la mediación de Nuestra Madre, por quien nos vino la Vida, y camino fácil de retorno al mismo Dios.

Dios quiere afirma el Santo que todos los bienes que de Él nos llegan, nos vengan por medio de la Virgen Santísima<sup>9</sup>. Y cita la conocida sentencia de San Bernardo: «que es voluntad de Dios que todo lo obtengamos por María»<sup>10</sup>. Ella es nuestra principal intercesora en el Cielo, la que nos consigue todo cuanto necesitamos. Es más, muchas veces se adelanta a nuestras peticiones, nos protege, sugiere en el fondo del alma esas santas inspiraciones que nos llevan a vivir con más delicadeza la caridad, a confesarnos con la regularidad que habíamos previsto; nos anima y da fuerzas en momentos de desaliento, sale en nuestra defensa en cuanto acudimos a Ella en las tentaciones... Es nuestra gran aliada en el apostolado: en concreto, permite que la torpeza de nuestras palabras encuentren eco en el corazón de nuestros amigos. Este fue con frecuencia el gran descubrimiento de muchos santos: con María se llega «antes, más y mejor» a las metas sobrenaturales que nos habíamos propuesto.

III. La función del *mediador* consiste en unir o poner en comunicación dos extremos entre los que se encuentra. Jesucristo es el Mediador único y perfecto entre Dios y los hombres<sup>11</sup>, porque siendo verdadero Dios y Hombre verdadero ha ofrecido un sacrificio de valor infinito su propia muerte- para reconciliar a los hombres con Dios<sup>12</sup>. Pero esto no impide que los santos y los ángeles, y de modo del todo singular Nuestra Señora, ejerzan esta función de mediadores. «La misión maternal de María hacia los hombres de ninguna manera oscurece ni disminuye esta única mediación de Cristo, sino más bien muestra su eficacia. Porque todo el influjo salvífico de la Bienaventurada Virgen en favor de los hombres no es exigido por ninguna ley, sino que nace de su beneplácito y de la superabundancia de los méritos de Cristo»<sup>13</sup>. La Virgen, por ser Madre espiritual de los hombres, es llamada

especialmente Mediadora, ya que presenta al Señor nuestras oraciones y nuestras obras, y nos hace llegar los dones divinos.

Muchas de nuestras peticiones que no van del todo bien orientadas, Ella las endereza para que obtengan su fruto. Por su condición de Madre de Dios, Nuestra Señora entra a formar parte, de modo peculiar, en la Trinidad de Dios, y por su condición de Madre de los hombres tiene el encargo divino de cuidar de sus hijos que aún estamos como peregrinos que se dirigen a la Casa del Padre<sup>14</sup>. ¡Cuántas veces la hemos encontrado en el camino! ¡En cuántas ocasiones se hizo encontradiza, ofreciéndonos su ayuda y su consuelo! ¿Dónde estaríamos si Ella no nos hubiera tomado de la mano en circunstancias bien determinadas?

«¿Por qué tendrán tanta eficacia los ruegos de María ante Dios?», se pregunta San Alfonso. Y responde: «Las oraciones de los santos son oraciones de siervos, en tanto que las de María son oraciones de Madre, de donde procede su eficacia y carácter de autoridad; y como Jesús ama inmensamente a su Madre, no puede rogar sin ser atendida». Y para probarlo, recuerda las bodas de Caná, donde Jesús realizó su primer milagro por intercesión de Nuestra Señora: «Faltaba el vino, con el consiguiente apuro de los esposos. Nadie pide a la Santísima Virgen que interceda ante su Hijo en favor de los consternados esposos. Con todo, el corazón de María, que no puede menos de compadecer a los desgraciados ( ... ), la impulsó a encargarse por sí misma del oficio de intercesora y pedir al Hijo el milagro, a pesar de que nadie se lo pidiera». Y concluye el Santo: «Si la Señora obró así sin que se lo pidieran, ¿qué hubiera sido si le rogaran?»<sup>15</sup>. ¿Cómo no va a atender nuestras súplicas?

Pedimos hoy, en su fiesta, a San Alfonso M.<sup>a</sup> de Ligorio que nos alcance la gracia de amar a Nuestra Señora tanto como él la amó mientras estuvo aquí en la tierra, y nos aliente a difundir su devoción por todas partes. Aprendamos que con Ella llegamos *antes, más y mejor* a lo que solos no hubiéramos logrado jamás: metas apostólicas, defectos que debemos desarraigar, intimidad con su Hijo.

**1** *Antífona de Entrada* de la Misa propia del Santo, Lc 4, 18; cfr. Is 61, 1. — **2** JUAN PABLO II. Carta Apost. *Spiritus Domini*, en el II Centenario de la muerte de San

Alfonso M.<sup>a</sup> de Ligorio, 1-VIII-1987. — **3** *Ibidem*. — **4** SAN ALFONSO M.<sup>a</sup> DE LIGORIO. *Visitas al Santísimo Sacramento*, Rialp, Madrid 1965. — **5** PÍO IX, Decr. *Urbis et orbis*, 23-III-1871. — **6** JUAN PABLO II, *loc. cit.* — **7** SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 495. — **8** P. RAMOS, en el Prólogo a *Las glorias de María*, Perpetuo Socorro, Madrid 1941. — **9** Cfr. SAN ALFONSO M.<sup>a</sup> DE LIGORIO, *Las glorias de María*, Rialp, Madrid 1977, V, 3-4. — **10** SAN BERNARDO, *Sermón sobre el Acueducto*. — **11** Cfr. *1 Tim 2*, 51. — **12** Cfr. SANTO TOMÁS, *Suma Teológica*, 3, q. 26, a. 2. — **13** CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 60. — **14** Cfr. *Ibidem*, n. 62; JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 2-IV-1987, n. 40. — **15** SAN ALFONSO M.<sup>a</sup> DE LIGORIO, *Sermones abreviados*, en *Obras ascéticas de...*, II, BAC, Madrid 1952, 48.

\* San Alfonso M.<sup>a</sup> de Ligorio nació en Nápoles el año 1696. Obtuvo el doctorado en Derecho civil y en Derecho canónico, recibió la ordenación sacerdotal y fundó la Congregación del Santísimo Redentor. Para fomentar la vida cristiana en el pueblo, se dedicó a la predicación y publicó diversas obras, especialmente sobre la Virgen, la Eucaristía, la vida cristiana, y de teología moral, materia por la que fue nombrado Doctor de la Iglesia. Su dilatada vida constituye un admirable ejemplo de trabajo, de sencillez, de espíritu de sacrificio y de preocupación por ayudar a los demás a conseguir la salvación eterna. Fue elegido obispo de Sant'Agata de Goli, pero algunos años después renunció a dicho cargo y murió entre los suyos, en Pagani, cerca de Nápoles, el año 1787.

Nota: Ediciones Palabra (poseedora de los derechos de autor) sólo nos ha autorizado a difundir la meditación diaria a usuarios concretos para su uso personal, y no desea su distribución por fotocopias u otras formas de distribución.